

Nizamuddin Auliya y Amir Khusro

Versión de Eesha Sardesai

Hace muchos siglos, en India, vivía un maestro sufí que era reconocido por su sabiduría y gracia, su munificencia, y los milagros que obraba en la vida de las personas. Su nombre era Hazrat Nizamuddin Auliya, y pertenecía a la Orden Chishti de santos sufíes.

Nizamuddin había establecido su *khānqāh* en las afueras de Delhi. El *khānqāh* era un lugar de retiro espiritual, un oasis de exuberante calma adonde personas de todas las condiciones de vida venían a recibir nutrición para el cuerpo y el alma. Cada día, cientos de devotos acudían a presentar sus saluciones al gran santo. Pasaban horas, a veces días, en la presencia sagrada de Nizamuddin Auliya, recibiendo sus enseñanzas, realizando ofrendas y disfrutando de las abundantes comidas que eran preparadas con los alimentos que le eran ofrecidos.

Una mañana silenciosa, mientras Nizamuddin estaba sentado en su veranda ofreciendo sus plegarias a Allah —a Dios—, vio que un hombre entró al patio de su *khānqāh*. El hombre estaba encorvado; la cabeza baja, y se veía agotado, como si hubiera soportado mucho sufrimiento en su vida. Su ropa estaba cubierta de polvo y rota, y colgaba inerte de su cuerpo.

El hombre alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Nizamuddin. De inmediato corrió hacia el santo y cayó postrado a sus pies. —¡Oh, Maestro! —dijo. Su voz desgastada, impregnada de un inconfundible dejo de desaliento. —¡Oh, Maestro!

Nizamuddin colocó su *misbāh*, sus cuentas de oración, en la alfombra para rezar que estaba a su lado. —Di aquello que deseas decir. Su tono era sumamente amable.

—Oh, Auliya —dijo el hombre con voz trémula. —Oh, Auliya, tengo necesidad de tu gracia, tu *meherbānī*. Verás, tengo tres hijas en edad casadera. Todas son de buen carácter y trabajadoras. Sin embargo, yo solo soy un granjero y tengo poca buena suerte. Como sabes, no hay ningún pretendiente que tome a una novia sin dote. Me he esforzado al máximo, he hecho todo lo posible, pero aún así no puedo dar una dote. El tiempo pasa, y ahora no solo estoy empobrecido, ¡estoy desesperado! No tengo a dónde ir, ni a quién recurrir.

El hombre continuó. —Estaba a punto de perder toda esperanza, oh Auliya, cuando un devoto tuyo me contó sobre ti. Me dijo sobre tu grandeza, tu compasión, tu generosidad. Así que he venido desde lejos para recibir tu *meherbānī*. Oh, por favor derrama tu bondad sobre mí —e inclinó su cabeza en reverencia.

Nizamuddin escuchó atentamente la súplica del granjero. —Sí, yo puedo ayudarte —dijo después de unos minutos. —Hay mucha gente rica que viene aquí a recibir sabiduría espiritual y el despertar interior, y siempre traen ofrendas. Dime, ¿podrías quedarte conmigo durante tres días?

—Sí, sí, haré lo que sea —dijo el granjero.

—Entonces, todo lo que la gente me ofrezca durante los siguientes tres días será para ti —dijo Nizamuddin.

El granjero abrió grandes los ojos. *¡Qué bendición tan increíble!*, pensó. *¡Cuánta benevolencia! Nizamuddin Auliya me dará, a mí, un simple granjero, ¡las ofrendas que la gente le haga!* Con el corazón lleno de gratitud, se sentó cerca de Nizamuddin y esperó.

Pasó una hora. Dos horas. Finalmente, el día llegaba a su fin. Pero nadie había venido a recibir el *deedār* de Nizamuddin, su *dārshan*. ¡Ni una sola persona había venido a realizar ofrendas!

Con una expresión de gentileza, Nizamuddin miró al granjero y dijo: Todavía falta mañana.

Y así, a la mañana siguiente, cuando Nizamuddin se sentó en la veranda y empezó sus plegarias, el granjero regresó y se sentó cerca. Se unió al santo en sus plegarias. Todo estaba en silencio; el único sonido era el de algunas aves a la distancia. El sol de la mañana ascendió paulatinamente en el firmamento.

De nuevo, transcurrió el día entero y nadie llegó a recibir las bendiciones de Nizamuddin Auliya. Llegada la noche, Nizamuddin se volvió hacia el granjero. —Todavía falta mañana —dijo.

En la mañana del tercer día, Nizamuddin nuevamente se sentó en la veranda. El patio estaba exuberante y verde, y las flores estaban especialmente fragantes. El sol se filtraba a través de las hojas de los árboles, y en la luz moteada, la forma de Nizamuddin parecía todavía más luminosa. La atmósfera del *khānqāh* se sentía diferente ese día: más especial de alguna manera, más vívida en color, y palpitando con una belleza casi sobrenatural.

Aun así, el hecho continuó: no hubo nuevos visitantes. Ni nuevos buscadores. Ni nuevos *chelās*, discípulos. Ni devotos ni personas en peregrinación. No vino ni una sola persona.

El granjero estaba sumamente desconcertado. En los tres días que le habían pedido que se quedara, ¡ni regalos, ni dinero, ni ofrendas de ningún tipo fueron ofrecidas a Nizamuddin! No podía creer que incluso aquí, incluso en el *khānqāh* de Hazrat Nizamuddin Auliya, su terrible suerte continuara. Su mente —su ser entero— estaba agitada. *¿Qué he hecho mal?*, pensó.

El granjero se volvió hacia Nizamuddin, la angustia grabada claramente en su rostro. —¡Oh, Maestro! —dijo. —Estoy más desamparado, más maldito, de lo que pensé. No sé cómo podré continuar con tres hijas sin casar. Pero debo partir ahora. Por favor, concédeme tu permiso.

Nizamuddin Auliya habló: —Cada uno nace con su propio destino. Debes encargarte de que tus hijas se casen. Viniste al lugar correcto para recibir lo que necesitas para eso, y para mucho más. Sin embargo, yo soy un renunciante. Lo que recibo de la gente es lo que doy a quienes lo necesitan.

El granjero asintió e inclinó la cabeza.

—Dicho eso, sí tengo algo que puedo darte —dijo Nizamuddin. —Puedes venderlo y usar el dinero para comprarte comida en tu viaje de regreso a casa.

El granjero alzó la mirada. Se sentía conmovido de que el gran santo se tomara la molestia de asegurarse de que tuviera sustento para su viaje.

Nizamuddin se puso de pie y entró a su vivienda. Cuando regresó, calzaba unas sandalias. Se detuvo frente al granjero, retiró las sandalias de sus pies y dijo: —Tómalas. Véndelas en el mercado. Al menos tendrás algún dinero para comida.

El granjero recogió las sandalias, mirándolas con reserva. No estaba seguro de cuánto dinero obtendría por ellas: estaban raídas, las suelas desgastadas casi por completo. No obstante, tomó en serio las palabras de Nizamuddin. Luego de inclinarse una última vez ante Nizamuddin, partió con las sandalias en sus manos.

El sol le daba fuerte mientras caminaba por el camino polvoriento. Sus pies se sentían pesados y su mente nublada. Su estómago le gruñía ferozmente. Después de aproximadamente veinte minutos de fatigoso caminar, se encontró con un árbol de grandes hojas arqueadas. *Oh, bien*, se dijo a sí mismo con un suspiro de alivio. *Tomaré unos minutos para descansar bajo este árbol.*

Justo mientras se instalaba bajo la sombra y dejaba que sus ojos se cerraran, escuchó que alguien venía por el camino. Entreabrió los ojos, y a través del calor brumoso vio algo que fulguraba —un brillo perceptible— que se movía hacia él.

La masa resplandeciente se hizo más y más grande hasta que él pudo distinguir la silueta. Era una enorme caravana: nueve camellos cargados de cofres.

Un hombre cabalgaba en el primer camello. Vestía túnica de exquisita seda, y en su cabeza había un turbante lleno de gemas: rubíes, esmeraldas, zafiros y otras similares. Cuando la caravana pasó frente al árbol donde el granjero descansaba, el hombre indicó que se detuvieran. Se deslizó de su camello y, para asombro del granjero, caminó directo hacia él.

—Disculpe, señor — dijo el hombre al granjero. Su voz era amable y cortés, su tono casi melódico en su belleza. — ¿De casualidad conoce usted al santo Hazrat Nizamuddin?

— ¿Por qué?, sí — dijo el granjero. — Sí, por supuesto. Justo acabo de venir de su *khānqāh*.

— Ahh — dijo el caballero. — Sí. Sí, pensé que tal vez lo conocería. Sabe, venía montado en mi camello, y luego yo, yo olí la fragancia más maravillosa... El hombre se detuvo por un momento, y una mirada ensoñadora surgió en sus ojos mientras inhalaba profundo.

Dejó salir el aire y continuó: — Es la fragancia de la presencia de mi Maestro, estoy seguro. Y viene de algún lugar por aquí, de usted, o de este árbol, o...

Fue entonces que el caballero los vio: los zapatos, las sandalias de Nizamuddin. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Oh — dijo suavemente. — ¿Son esas...de Auliya?

— Bueno...sí — dijo el granjero pausadamente. Miró al caballero con curiosidad, inseguro de por qué este hombre de repente lloraba. — Él me las dio para que las vendiera en el mercado. De esa forma yo podría obtener algún dinero para comprar comida.

—¿Vender? —el caballero dijo con incredulidad. —¿Auliya le dijo que las vendiera?

—Sí, él me dijo eso... —el granjero dijo tímidamente.

El caballero respondió: —Si ese es el mandato de mi Auliya, entonces yo las compraré. Y a cambio, ¡tome mi caravana! Tome mis camellos. Tome todas las sedas que están en esos baúles, todos los finos aceites, todas las especias y las joyas y el oro. Lléveselo todo. Y yo recibiré de usted esas sandalias.

—¿Llevarme...todo...lo que hay aquí? Ahora era el turno del granjero para estar incrédulo.

—Sí. La voz del caballero era firme. —Por favor, llévese todo.

Y así hicieron el intercambio. El granjero se subió al camello, boquiabierto ante su repentino cambio de fortuna, y se alejó rápidamente con la caravana, todos los cofres, las sedas, el oro. El caballero, cuyo nombre era Amir Khusro, se llevó las sandalias de su Maestro.

Durante algunos minutos, Khusro miró las sandalias, incapaz de creer lo que veía. Ahí, en sus manos, estaban las sandalias de Hazrat Nizamuddin Auliya: el repositorio de la gracia del Maestro, las bendiciones del Maestro, el conocimiento del Maestro, y todos los misterios y misticismo del universo. Podía sentir las vibrar con la fuerza vital, con lo que tenía que ser el aliento de Dios mismo.

Khusro era un poeta y músico consumado, y un erudito que durante muchos años había servido a los sultanes de Delhi. Habiéndose retirado de la corte real, había atado todas sus pertenencias a una caravana y se disponía a pasar el resto de sus días al servicio de su Maestro. Los nueve camellos, los cofres de oro y finezas que recién habían partido con el granjero eran toda su riqueza mundana. Pero poco le importaba dado lo que poseía ahora: el más preciado regalo de su Maestro.

Se sentó bajo las grandes hojas inclinadas del árbol, y colocó las sandalias encima de su cabeza. Entró en un trance profundo, durante horas que se extendieron a un día, dos días, tres días. Cuando al fin abrió los ojos, vio los mismos alrededores que antes: el camino polvoriento, las plantas brotando aquí y allá, la ciudad en el horizonte. No obstante, eran de alguna manera diferentes. O quizá era él el diferente, y veía estas cosas con nuevos ojos. Todo estaba vivo, respirando, pulsando, y él era parte de ello. Era uno con ello.

De su cintura estiró el fajín que llevaba puesto, hecho de seda verde. Con mucho cuidado, envolvió las sandalias del Maestro en la seda y las colocó de nuevo sobre su cabeza. Con sus manos en las sandalias, manteniéndolas en su lugar, se puso de pie y se encaminó hacia el *khānqāh* de Nizamuddin.

Cuando llegó, Nizamuddin estaba sentado en su veranda, pasando las cuentas de su *misbāh* con sus manos. El *khānqāh* yacía en un mundo de color, sonido y fragancia: las aves parecían estar cantando en coro; las flores brotaban de manera tumultuosa; la luz del sol danzaba entre los árboles dibujando formas con las sombras.

Nizamuddin observaba mientras Khusro se acercaba a él con reverencia, con el bulto de seda verde sobre su cabeza. Cuando estuvo más cerca, Nizamuddin preguntó: —¿Qué eso que cargas?

—Oh, Maestro —Khusro dijo con entusiasmo. —¡Son tus sandalias benditas!

—¿Dónde las obtuviste?

—Se las compré a un pobre viajero —dijo Khusro. —Estaba sentado con ellas bajo un árbol no muy lejos de aquí.

—¿Y cuánto te costaron?

El pecho de Khusro se hinchó de orgullo. —¡Oh, Auliya! —exclamó. —Di al hombre *todas* mis posesiones. Le di una caravana de *nueve* camellos. ¡Y esos camellos cargaban sedas, aceites, especias, joyas, oro, y mucho, mucho más!

Nizamuddin continuó pasando su *misbāh* entre sus dedos, y dijo a Amir Khusro:
—Entonces, te salieron muy baratas.

